

El cuerpo, el alma y sus metáforas

Espiral de metáforas

Hay literatura erótica y literatura nada erótica que tienen por tema el erotismo. Hay también una literatura que, sin hablar necesariamente del cuerpo y su aspecto imaginario, es erótica en cuanto que opera con el lenguaje de la misma manera que la imaginación con el cuerpo; me refiero a la poesía, tenga o no por tema a la sexualidad humana. Y en el caso de los poemas llamados eróticos, quizás los más logrados lo sean no sólo por aquello que designan sino por el signo mismo: denotan y connotan erotismo. Esto quizás sea lo más interesante —o lo que a mí más me interesa— de la conjunción literatura y erotismo. Un par de ejemplos recientes en nuestra lengua lo encontramos en *Blanco*, de Octavio Paz, y en *Un testigo fugaz y disfrazado* de Severo Sarduy. Son obras distintas y de diverso valor, pero hay en ambas una nota común: los dos poetas transforman el medio que utilizan gracias a la energía imaginativa del erotismo. No se separan de su objeto y lo designan poniéndose al servicio del discurso, sino que, como diría Paul Eluard, las palabras mismas, en estas obras, hacen el amor. En la del poeta mexicano, erotismo y amor forman una misma realidad; en cuanto a la del cubano, predomina lo erótico. Todo lo contrario que un escritor que dedicó casi toda su obra a la sexualidad. Me refiero a Sade: su discurso, hable de un cuerpo o de otro, es distante, filosófico y tramollista. Es, por supuesto, algo más que estos términos, pero creo que es fácil estar de acuerdo en que eros no lo toca sino más bien el espíritu deductivo.

Sin embargo, voy a hablar de literatura ensayística respecto al erotismo y no sobre sus encarnaciones en novelas o poemas, salvo como telón de fondo. Y en cuanto al erotismo, ya que es una realidad que está entre la

sexualidad y el amor (incluido el sublime), se podría hablar desde él hacia abajo o desde su término medio hacia arriba. En cualquiera de los casos, es difícil que no haya ecos de lo uno en lo otro, interpenetraciones difíciles de separar, intimidades en las que no es fácil entrar con un poco de luz. En este caso me interesa la metáfora ascendente y trataré de centrarme en el erotismo como aliado del amor, aunque haciendo incursiones a los extremos. Eros no es discursivo sino sinuoso, no es opaco sino transparente. Sin embargo, su transparencia lejos de ser clara nos enfrenta con realidades oscuras. Literatura, pues, ensayística, cuyo objeto es la pasión amorosa.

Sobre erotismo y amor, desde el siglo XVIII hasta aquí, es decir, desde los inicios de la modernidad, no se ha escrito mucho. Es verdad que en nuestros días hay una gran abundancia de textos sobre el amor, la amistad y otros temas afines, pero son recetarios y consejos, no verdaderos ensayos. Mención aparte merecen Freud, Havelock Ellis, Denis de Rougemont, René Nelli, Norman O. Brown, Bataille, Kristeva, Levinas y Octavio Paz, entre algunos otros que desde distintas perspectivas, y distinta importancia, se han acercado a este tema. El gran estallido fue Donatien-Alphonse François, marqués de Sade (1740-1814).

La negación negadora

El discurso filosófico de Sade, porque de discurso se trata aunque adopte la forma de diálogo o de la novela en ocasiones, consta, a mi entender, de tres consideraciones fundamentales que vertebran su visión del hombre y de la historia: El hombre es un ser desdichado; la Naturaleza es un modelo crítico: un espejo que muestra la debilidad de los fundamentos de nuestra moral; el placer (sexual) es la única virtud digna de nuestra dedicación. Como pronto veremos, estos tres ejes se ramifican de manera compleja. En primer lugar, su negación del hombre como cultura no implica que vea en la naturaleza un lugar ameno o una posible salvación a nuestras penas: es utilizada como crítica de nuestras costumbres y leyes conceptuándolas meras convenciones. Y en cuanto al placer, es más una idea que una realidad.

Sade es un escritor extremadamente pesimista y propone siempre tareas hercúleas para alcanzar un momento de gozo. Para él, el hombre es un ser desgraciado que sólo «sacrificando todo a la voluptuosidad» puede lograr instantes de dicha. Es una dicha, sin embargo, radicalmente solitaria, aunque se produzca en una de las orgías descritas en sus novelas. «Arrojado a su pesar a este triste universo» sólo le queda la afirmación

desesperada de su propio placer (a la cual ha de supeditar todo lo demás). Materialista, cree en las leyes de la naturaleza como reglas verdaderas de las que no debemos apartarnos salvo si queremos errar o contrariarlas. Como Hegel lee el Espíritu de la historia, Sade lee esas supuestas leyes naturales, deducidas de los libros de Buffon y de algunos materialistas de la época, como el barón de Holbach, quien publicó su *Sistema de la naturaleza* en 1770. Su pesimismo guarda analogías con el de Rousseau —a quien admiró— pero mientras que el autor del *El contrato social* fue un moralista y un educador, es decir: que creía en el otro, el gran libertino sólo creía en el individuo sin tareas comunes que fueran más allá de la afirmación de su placer. Relativista, afirma a lo largo de su obra que la moral carece de justificación suficiente ya que lo que aquí consideramos pecado en otro lugar y tiempo ha sido virtud. Si Dios no existe (y en Sade sólo existe como motivo de transgresión) la moral carece de sustento. «No hay acción alguna, escribe en *La filosofía en el tocador*, por singular que podáis creerla, que sea verdaderamente criminal; ninguna que pueda realmente llamarse virtuosa. Todo está en razón de nuestras costumbres y del clima en que habitamos». A diferencia de Baudelaire, Sade no creía en el mal y en sus flores (los pecados), pero sí en la transgresión de las normas. Antes que Sade, Spinoza, el gran defensor del placer y de la unión cuerpo/espíritu, llegó a la conclusión de que nuestra moral está basada en supersticiones e irracionalidades y que por lo tanto actuamos sin libertad. Pero el autor de la *Ética* reacciona de manera distinta a nuestro libertino ilustrado: hay que comprender estas oscuridades que nos determinan para así, a la luz de la conciencia, actuar con libertad.

La naturaleza es tanto creación como destrucción, piensa con agudeza Sade, pero fiel a su dialéctica reduccionista, deduce que ninguna destrucción cometida por el hombre será un crimen. El asesinato sería una mera colaboración en el cambio continuo de la naturaleza. Casi se adelanta a la física moderna: nada se destruye sino que se transforma. No hay crimen (valor moral) sino cambio (valor biológico). La única moral que Sade trata de enseñarnos una y otra vez es material: hay que cumplir con la creación/destrucción de la naturaleza, y nuestras afirmaciones eróticas no deben ceñirse a persona alguna sino a cuerpos, cuanto más diversos mejor porque antes los olvidaremos. En el cuerpo, el libertino niega el alma individual, y en el sordo discurso de su maquinaria filosofante, al interlocutor. «Todos los hombres, todas las mujeres —afirma Sade negando la posibilidad de que centremos nuestra pasión en una persona— se parecen: no hay amor que resista a los efectos de una reflexión sana».

Como los cátaros, Sade niega la reproducción, con lo cual es fiel a su espíritu esencialmente negador. En *La philosophie dans le boudoir* (1795)¹

¹ Hay traducción al español, de Agustín García Calvo, con un título caprichoso y un no menos caprichoso prólogo: *Instruir deleitando o escuela de amor*, Ed. Lucina, Madrid, 1980.

hace decir a Madame Saint-Ange: «tengo tal horror a la procreación». En esto, como en tantas otras cosas, interpreta a la naturaleza como le place, porque la sexualidad animal afirma la reproducción con fanatismo. La naturaleza quiere perpetuarse. Y ante sus autodestrucciones, responde con mayor aguzamiento de la supervivencia. Por otro lado, si el hombre ha de cumplir con la naturaleza (determinismo) y no con la historia (cultura, civilización, voluntarismo) entonces carece de libertad o los productos de la misma (civilización en su sentido más genérico) lo enajenan. Los personajes en la obra de Sade se exaltan al transgredir y dependen fuertemente de las interdicciones. «La civilización es degradadora», afirma, y por lo tanto debemos ganar grados destruyendo todas las normas en nombre de un placer que Sade teoriza sin cesar pero que sólo encuentra su rostro en el abjetivo «fantasmal». Pero su gran transgresión no es sexual, ni siquiera el crimen, sino la negación del sujeto.

Desde los surrealistas en adelante ha habido alguna mojigatería respecto a Sade abanderándolo como liberador y gran defensor del placer frente a cortapisas y restricciones. Y es cierto que hizo de la defensa del placer su bandera, pero no es menos cierto que esa defensa del placer consistió en una negación universal. Hizo del placer un monoteísmo: un dios tiránico dispuesto a devorar a sus víctimas convertidas previamente en objetos que, como tales, no ofrecen resistencia (ni misterio) a mi voluntad de dominio. Sade —me refiero estrictamente a su obra, no al hombre que la escribió—² necesita tanto del otro como el enamorado, pero para negarlo. Toda la variedad humana se combina en un sólo sentido (antierotismo), incidiendo en la acentuación de un placer que, a su vez, se disipa con su objeto. Este deseo, curiosamente, carece de capacidad de elección o de particularismos: es un deseo que no se ciñe a excepciones de lugar, tiempo o persona. Su búsqueda de placer quiere el todo; o dicho de otra forma: quiere que el todo se reduzca a otorgarle placer. Es un místico al revés. Lejos de anular al yo fundiéndose con lo Otro, Sade anula lo Otro (y a los otros) al reducirlo a objetos que sólo emiten un sólo sentido que le señalan a él. ¿Y quién es él? Octavio Paz, en un poema de 1947, lo vio como prisionero en un castillo de cristal de roca donde todo es espejo que repite hasta el infinito su imagen. Cada repetición, añadimos, es una negación.

A diferencia de Sade, el último Freud definió el erotismo, o mejor a Eros, como unificación o búsqueda de unión frente al desgajamiento y destrucción de Tánatos³. Esa unión y afirmación en el placer es lo contrario del sadismo donde mi placer no me lleva a afirmar, a unificarme con lo que lo suscita. Quizás no sea necesario recordar toda su teoría del cuerpo perverso polimorfo. El cuerpo en Sade también es múltiple, y liberador en algún sentido, pero a diferencia de la concepción freudiana, siempre

² «La vida real de Sade hace sospechar un elemento de fanfarronería en la afirmación de la soberanía reducida a la negación del prójimo». Georges Bataille en *L'erotisme*, 1957.

³ Véase *El malestar en la cultura*, 1930.